

William Gibson

TODAS LAS  
FIESTAS  
DE MAÑANA



Colin Laney vive en una caja de cartón en la ciudad de Tokio. Su cuerpo se encuentra al borde del colapso a causa de la fiebre, pero su mente sigue navegando por el ciberespacio y detectando aquellos «puntos nodales» en los flujos de datos que pueden cambiar el mundo. Colin es la única persona capaz de descubrir esas singularidades y ahora se está creando uno de esos nodos con su centro en el puente de la bahía de San Francisco. Colin envía a Barry Rydell al puente con el encargo de encontrar un misterioso asesino, cuyo único signo distintivo es que no hay ningún rastro de él en la red. Barry viaja con un extraño paquete que es el «hogar» de Rei Toei, el ídolo musical virtual que vivió sus desventuras en *Idoru*. A ellos se une Chevette, una antigua novia de Barry, y Silencio, un chico fascinado por los relojes.

En una ciudad invadida por la niebla, este extraño grupo deberá enfrentarse a las maquinaciones del multimillonario Cody Harwood, que pretende conservar las riendas del poder tras las convulsiones que provocará el punto nodal que está a punto de estallar, aunque para ello haya que liquidar algunos estorbos.

Para Graeme y los Bodchairs

## 1. CARDBOARD CITY

A TRAVÉS DE LA VESPERTINA MAREA de rostros anónimos, indistintos, entre apresurados zapatos negros, paraguas cerrados, y la multitud descendiendo como un solo organismo al sofocante corazón de la estación, llega Shinya Yamazaki, con su bloc de notas apretado bajo el brazo como las huevas de alguna especie marina, modesta pero moderadamente capaz de sobrevivir.

Preparado para hacer frente a codazos, enormes bolsas de compras Ginza, despiadados maletines, Yamazaki y su pequeña carga de información se adentran en las profundidades de neón. Hacia un afluyente de relativa tranquilidad, un pasillo cubierto de azulejos que conecta dos escaleras mecánicas paralelas entre sí.

Columnas centrales, revestidas de cerámica verde, sostienen un techo plagado de ventiladores cubiertos de polvo, detectores de humo, altavoces. Tras las columnas, contra la pared más lejana, cajas de embalaje abandonadas se amontonan en una desigual hilera, sirviendo de improvisados refugios construidos por los sin techo de la ciudad. Yamazaki se detiene, y en ese momento el oceánico bullicio de los pies de todos los demás viajeros, al dejar de ser contenido por la concentración puesta en conseguir su objetivo, llega a él, que desea profunda y sinceramente encontrarse en otro lugar.

Contrae el rostro en un violento gesto de dolor cuando una joven matrona vestida a la moda, envueltas sus facciones en micropore Chanel, pasa sobre los dedos de sus pies con un caro cochecito de tres ruedas. Escupiendo una brus-

ca disculpa, Yamazaki vislumbra al pequeño pasajero a través de unas cortinas flexibles de plástico teñidas de rosa, y el resplandor de un monitor de vídeo que parpadea mientras su madre se aleja empujando el cochecito con determinación.

Yamazaki suspira, sin que nadie le oiga, y se dirige cojeando hacia los refugios de cartón. Se pregunta por un instante qué pensarán los viajeros de la estación al verlo entrar en la quinta caja desde la izquierda. La altura de la caja apenas le llega al pecho, es más larga que las otras, con una forma vagamente similar a la de un ataúd, y un ondulado cartón blanco lleno de manchas de dedos le sirve de puerta.

Quizás no lo vean, piensa. Del mismo modo que él nunca ha visto a nadie que saliera o entrara por la puerta de una de estas ordenadas chabolas. Es como si sus habitantes se volvieran invisibles en la transacción que permite que tales estructuras existan en el contexto de la estación.

Es un estudioso de la sociología existencial, y este tipo de transacciones siempre le han interesado particularmente.

Y ahora se detiene, luchando contra el deseo de quitarse los zapatos y dejarlos al lado de un par de sandalias de plástico amarillo de aspecto grasiento, colocadas junto al cartón de entrada sobre un papel Parco de envolver regalos cuidadosamente doblado. No, piensa, imaginándose a sí mismo siendo atacado en el interior, luchando contra enemigos sin rostro en un laberinto de cartón. Mejor no estar descalzo.

Suspirando de nuevo, se agacha, agarrando el bloc de notas con ambas manos. Se arrodilla durante un instante, escuchando los presurosos pies de aquellos que pasan detrás de él. Entonces deja el bloc de notas sobre los azulejos del suelo de la estación y lo empuja hacia delante, bajo la ondulada puerta, y lo sigue a gatas.

Desea desesperadamente haber encontrado al fin la caja correcta.

Se queda paralizado ante una luz y un calor inesperados. El único halógeno instalado en la diminuta habitación la inunda con la frecuencia de la luz del sol en el desierto. Sin ventilación, calienta el lugar como la jaula de un reptil.

—Entra —dice el viejo, en japonés—. No dejes el culo asomando así. —Está totalmente desnudo excepto por una especie de calzoncillos que quizás alguna vez fueron una camiseta roja. Está sentado, con las piernas cruzadas, sobre un andrajoso tatami salpicado de pintura. Sostiene una figura de juguete pintada con colores brillantes en una mano, y un fino pincel en la otra. Yamazaki observa que se trata de una reproducción a escala, un robot o un exoesqueleto militar. Resplandece bajo la luz, brillante como el sol, en azul, rojo y plata. Hay pequeñas herramientas dispuestas sobre el tatami: una navaja de afeitar, un cutter para las rebabas de las maquetas, y pliegos de papel de lija.

El viejo es muy flaco, está cuidadosamente afeitado, pero necesita un corte de pelo. Mechones grises le cuelgan a ambos lados de la cara, y tiene la boca fija en lo que parece una permanente mueca de desaprobación. Lleva puestas unas gafas con una voluminosa montura de plástico negro y lentes arcaicamente gruesas. Las lentes reflejan la luz.

Yamazaki se adentra en la caja de cartón arrastrándose, sintiendo cómo la puerta se cierra tras él. Tendido, apoyado en las manos y los pies, resiste el impulso de inclinar la cabeza en una reverencia.

—Está esperando —dice el viejo, con la punta del pincel suspendida sobre la figura que sostiene en la otra mano—. Ahí dentro. —Indicando únicamente con la cabeza.

Yamazaki ve que la caja de cartón ha sido reforzada con los tubos utilizados por el servicio de correos, un sistema que recuerda a la tradicional arquitectura de postes y vigas de Japón, con los tubos atados entre sí por medio de cintas de paquetes de regalo recicladas. Hay demasiados ob-

jetos aquí, en este minúsculo espacio. Toallas y mantas y cacerolas en estanterías de cartón. Libros. Una pequeña televisión.

—¿Allí dentro? —Yamazaki indica lo que piensa que es otra puerta, como la entrada a una madriguera, cubierta a modo de cortina por el retazo de una manta de color amarillo melón rellena de espuma, el tipo de manta que uno encuentra en un hotel cápsula. Pero la punta del pincel se aplica a la figura, y el viejo se desentiende del mundo exterior debido a la concentración que este acto requiere, así que Yamazaki se arrastra a cuatro patas por este espacio absurdamente reducido y aparta a un lado la manta. Oscuridad.

—¿Laney-San?

Lo que parece ser un arrugado saco de dormir. Huele a enfermedad.

—¿Sí? —Un quejido—. Estoy aquí dentro.

Respirando hondo, Yamazaki entra a gatas, empujando el bloc de notas ante él. Cuando la manta de color amarillo melón cae sobre la entrada, la luz brilla a través del tejido sintético y la fina capa de espuma, como una luz del trópico vista desde las profundidades de una gruta de coral.

—¿Laney?

El americano emite un gemido. Parece que se vuelve, o que se sienta. Yamazaki no lo puede ver. Algo cubre los ojos de Laney. El parpadeo rojo de un diodo. Cables. El débil brillo del interfaz, reflejado en una fina línea sobre el sudoroso pómulo de Laney.

—Ahora estoy muy metido —dice Laney, y tose.

—¿Metido en qué?

—No te han seguido, ¿verdad?

—No creo.

—Lo sabría si lo hubiesen hecho.

Yamazaki siente cómo el sudor empieza a transpirar desde sus axilas, deslizándose por sus costillas. Se obliga a respirar. El aire está viciado aquí, espeso. Piensa en las dieci-

siete variedades de tuberculosis conocidas resistentes a medicamentos.

Laney respira entrecortadamente.

—Pero no me están buscando, ¿verdad?

—No —dice Yamazaki—, la buscan a ella.

—No la encontrarán —dice Laney—. Ni aquí. Ni en ningún sitio. Ni ahora.

—¿Por qué huiste, Laney?

—El síndrome —dice Laney y tose de nuevo, y Yamazaki siente el suave y profundo temblor del siguiente maglev, proveniente de las profundidades de la estación, no una vibración mecánica sino el aire desplazado por un enorme émbolo—. Al final pudo conmigo. El 5-SB. El efecto acosador. —Yamazaki oye los apresurados pasos junto a él, quizás a un metro de distancia, tras el muro de cartón.

—¿Te hace toser? —Yamazaki parpadea, haciendo que sus nuevas lentes de contacto se muevan de forma molesta.

—No —dice Laney, y tose en la pálida mano levantada—. Es un virus. Todos lo tienen aquí abajo.

—Me preocupé cuando desapareciste. Empezaron a buscarte, pero cuando ella se fue...

—La mierda golpeó el ventilador.

—¿Mierda?

Laney acerca una mano a los aparatosos y desfasados optculares y se los quita. Yamazaki no puede ver lo que se reproduce en ellos, pero la oscilante luz de la pantalla revela los hundidos ojos de Laney.

—Todo va a cambiar, Yamazaki. Estamos llegando a la madre de todos los puntos nodales. Ahora puedo verlo. *Todo va a cambiar.*

—No te entiendo.

—¿Sabes qué es lo más gracioso? No cambió cuando pensaban que lo iba a hacer. El milenio era una celebración cristiana. He estado observando la historia, Yamazaki. Pue-



do ver los puntos nodales de la historia. La última vez que tuvimos uno parecido fue en 1911.

—¿Qué sucedió en 1911?

—Todo cambió.

—¿De qué manera?

—Simplemente lo hizo. Así es cómo funciona. Ahora puedo verlo.

—Laney —dice Yamazaki—, cuando me contaste lo del efecto acosador dijiste que las víctimas, los sometidos a la prueba, se obsesionaban con un personaje de los medios de comunicación.

—Sí.

—¿Y tú estás obsesionado con ella?

Laney lo mira fijamente, con los ojos iluminados por una estela de datos.

—No. No con ella. Con un tío llamado Harwood. Cody Harwood. Aunque se van a encontrar. En San Francisco. Y alguien más. Deja una especie de rastro negativo; tienes que deducirlo todo por la manera en que él no está allí...

—¿Por qué me pediste que viniera, Laney? Este lugar es horrible. ¿Quieres que te ayude a escapar? —Yamazaki está pensando en las hojas de la navaja suiza que tiene en el bolsillo. Una de ellas tiene filo de sierra; podría abrirse camino fácilmente a través de la pared. Pero el espacio psicológico es fuerte, muy fuerte, y puede con él. Se siente muy alejado de Shinjuku, de Tokio, de todo. Huele el sudor de Laney—. No estás bien.

—Rydell —dice Laney, volviéndose a poner los opticulares—. Ese poli privado del Chateau. Al que conocías. Ese que me habló de ti cuando estaba en LA.

—¿Sí?

—Me hace falta un hombre sobre el terreno, en San Francisco. He conseguido mover algo de dinero. No creo que lo puedan rastrear. He jodido al sector bancario de DataAmerica. Encuentra a Rydell y dile que se lo quede como paga.

—¿Para hacer qué?

Laney niega con la cabeza. Los cables de los opticulares se mueven en la oscuridad como serpientes.

—Tiene que estar allí, eso es todo. Algo va a pasar. Todo está cambiando.

—Laney, estás enfermo. Déjame que te lleve...

—¿De vuelta a la isla? No hay nada allí. Nunca lo habrá, ahora que ella se ha ido.

Y Yamazaki sabe que es cierto.

—¿Dónde está Rez? —pregunta Laney.

—Se fue a hacer una gira por los Estados Kombinat, cuando se convenció de que ella se había marchado.

Laney asiente pensativo, con los opticulares moviéndose arriba y abajo como una mantis religiosa en la oscuridad.

—Consigue a Rydell, Yamazaki. Te diré qué se puede hacer con el dinero.

—¿Pero por qué?

—Porque él es parte de la cosa. Parte del nodo.

MÁS tarde, Yamazaki eleva la vista hacia las torres de Shinjuku, los muros de luz animada, signo y significativo girando hacia el cielo en el interminable ritual del comercio, del deseo. Gigantescos rostros llenan las pantallas, iconos de una belleza a un mismo tiempo horrible y banal.

En algún lugar bajo sus pies, Laney se acurruca y tose en su refugio de cartón, con DatAmerica al completo presionándole constantemente los ojos. Laney es su amigo, y su amigo no está bien. El peculiar talento del americano con los datos era la consecuencia de los experimentos llevados a cabo con una sustancia conocida como 5-SB en un orfanato federal de Florida. Yamazaki ha visto lo que Laney puede hacer con los datos, y lo que éstos a su vez pueden hacer con él.

No desea verlo otra vez.

Boyando la mirada de los muros de luz, los rostros mediados, siente cómo sus lentes de contacto se mueven, cambiando junto con la profundidad del enfoque. Esto sigue haciendo que se sienta incómodo.

No lejos de la estación, en una bocacalle brillante como el día, encuentra uno de esos kioscos que venden tarjetas de débito anónimas. Compra una. En otro kiosco la usa para comprar un teléfono desechable con treinta minutos de conversación Tokio-LA.

Le pide a su bloc de notas el número de Rydell.

## 2. LUCKY DRAGON

—HEROÍNA —DECLARÓ DURIUS WALKER, el compañero de Rydell en el servicio de seguridad del Lucky Dragon de Sunset —. Es el opio de las masas.

Durius había terminado de barrer. Sostenía el enorme recogedor industrial con cuidado, camino del contenedor para objetos afilados incorporado al edificio, similar al de los hospitales, aquellos que tienen el espinado símbolo indicador de peligro biológico. Ahí era donde ponían las agujas cuando las encontraban.

Eran cinco o seis por semana de media. Rydell nunca había sorprendido a nadie inyectándose en la tienda, aunque no le habría sorprendido que alguien lo hubiese hecho. Parecía como si la gente tirase las agujas usadas al suelo, normalmente tras la comida para gatos. También se podían encontrar otras cosas barriendo el Lucky Dragon: píldoras, monedas extranjeras, brazaletes de identificación de hospitales, arrugado papel moneda de países que aún lo utilizaban. Aunque tampoco es que a uno le diesen ganas de ir rebuscando con el recogedor. Cuando Rydell barría se ponía los mismos guantes de Kevlar que Durius llevaba puestos ahora, y los de látex debajo.

Supuso que, en cualquier caso, Durius tenía razón, y eso le hacía pensar: con todas las nuevas sustancias a las que uno se podía enganchar, la gente no olvidaba las que habían estado ahí desde siempre. Haz ilegales los cigarrillos, por ejemplo, y la gente encontrará una manera de seguir fumando. Al Lucky Dragon no se le permitía vender papel de liar, pero tenían un intenso negocio de papeles mexica-

nos para rizar el cabello que servían igual de bien. La marca más popular se llamaba Biggerhair, y Rydell se preguntaba si alguien los había usado realmente alguna vez para rizarse el pelo. Y, de todas formas, ¿cómo se podía rizar uno el pelo con pequeños pañuelos de papel?

—Quedan diez minutos —dijo Durius por encima del hombro—. ¿Quieres hacer la ronda?

A las cuatro en punto, uno de ellos podía tomarse un descanso de diez minutos en la parte de atrás. Si Rydell hacía la ronda, se suponía que podía disfrutar de su descanso primero, y que Durius lo haría después. La ronda era algo que la corporación madre de los Lucky Dragon, allá en Singapur, había instituido siguiendo el consejo de un equipo propio de antropólogos culturales americanos. El señor Park, el encargado nocturno, se lo había explicado a Rydell, marcando puntos en su bloc de notas. Había dado golpecitos en cada párrafo para darle mayor énfasis a su explicación, sonando totalmente aburrido al hablar del tema, pero Rydell supuso que era parte del trabajo, y el señor Park era muy meticuloso.

—Para demostrar la preocupación de Lucky Dragon con la seguridad del barrio, el personal de seguridad patrullará la acera situada frente al local cada noche. —Rydell asintió—. Tú no fuera de la tienda demasiado tiempo —añadió el señor Park a modo de aclaración—. Cinco minutos. Justo antes de que te tomes el descanso. —Pausa. Golpecito—. La presencia de la seguridad del Lucky Dragon será destacada, amistosa, sensible a la cultura local.

—¿Qué quiere decir eso?

—Si hay alguien durmiendo, tú le echas. Forma amistosa. Puta trabajando, le dices hola, cuentas chiste, haces que se vaya.

—Me asustan esas chicas —dijo Rydell, seriamente—. En navidad se visten como los duendes de Santa Claus.

—Ninguna puta frente al Lucky Dragon.

—¿«Sensible a la cultura local»?

—Cuenta chiste. Prostituta gusta chiste.

—A lo mejor en Singapur —le había dicho Durius cuando Rydell repitió las instrucciones de Park.

—No es de Singapur —le dijo Rydell—. Es de Corea.

—Así que, básicamente, lo que quieren es que nos dejemos ver, despejemos unos metros de acera, seamos amistosos y sensibles.

—Y contemos chiste.

Durius entornó los ojos.

—¿Tú sabes la clase de gente que para delante de una tienda en Sunset a las cuatro de la mañana? Chicos colocados de dancar, flipando, con alucinaciones de películas de monstruos. ¿Adivinas a quién le toca ser el monstruo? Además están los sociópatas más maduros; más viejos, mas complicados, polifármicos...

—¿Como?

—Que mezclan las drogas —dijo Durius—. Empiezan a pensar de forma lateral.

—Hay que hacerlo. Lo dice el jefe.

Durius le miró.

—Tú primero. —Él era de Compton, el único conocido de Rydell que había nacido realmente en Los Ángeles.

—Tú eres más grande.

—El tamaño no lo es todo.

—Seguro —le había dicho Rydell.

RYDELL y Durius habían trabajado todo ese verano en la seguridad nocturna del Lucky Dragon, un módulo especialmente construido que había sido traído en helicóptero hasta un antiguo estacionamiento de coches de alquiler en Sunset. Antes de eso, Rydell había trabajado como guardia de seguridad nocturno en el Chateau, un poco más arriba en la misma calle, y antes de eso había conducido una furgoneta para InterSecure. Hacía todavía más tiempo, brevemente, e intentaba no recordarlo demasiado a menudo, ha-

bía sido policía en Knoxville, Tennessee. En algún momento, y por dos veces, casi había conseguido salir en *Polis en problemas*, un programa de televisión con el que se había criado pero que ahora conseguía no ver nunca.

Trabajar por la noche en el Lucky Dragon era más interesante de lo que Rydell se podía haber imaginado. Durius dijo que eso se debía a que era el único lugar, en un kilómetro a la redonda más o menos, en el que se vendía cualquier cosa que alguien podía necesitar, ya fuese regularmente o no. Tallarines para microondas, kits de diagnóstico para la mayoría de las ETS, pasta de dientes, cualquier cosa desechable, acceso a la Red, chicle, agua embotellada... Había Lucky Dragons por toda América, por todo el mundo en realidad, y para demostrarlo tenías afuera la distintiva Columna de Vídeo Interactiva Global Lucky Dragon. Tenías que pasar por delante para entrar y salir, y entonces podías ver la docena de Lucky Dragons con los que la franquicia de Sunset estaba conectada en ese preciso momento: París, Houston, Brazzaville o cualquier otro lugar. Estas imágenes se cambiaban cada tres minutos, por la práctica razón de que se había determinado que si el tiempo de conexión era mayor, los chicos de los suburbios más aburridos del mundo intentarían ganar apuestas haciendo el amor frente a la cámara. Tal como ya estaban las cosas, se podía ver a bastante gente enseñando el culo y practicando el exhibicionismo. O, de forma aún más común, haciendo el universal gesto del dedo, como este tío con cara de mierda en el centro de Praga que estaba en pantalla cuando Rydell salió a hacer la ronda.

—A ti también —dijo Rydell al desconocido checo, subiéndose la riñonera rosa neón de Lucky Dragon que estaba obligado a ponerse mientras trabajaba. No porque le molestase hacerlo, pero la riñonera era horrible, a prueba de balas, y tenía un babero de Kevlar que podías sacar y atarte al cuello si las cosas se ponían feas.